



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en celebración eucarística de la
Jornada mundial por la Paz.**

**S.M.I. Catedral de La Habana,
1º de enero de 2007.**

Distinguidos miembros del cuerpo diplomático,
Excelencias, queridos hermanos y hermanas:

La Jornada Mundial de la Paz, establecida por el Siervo de Dios Pablo VI, nos congrega el primer día del año civil para orar por la convivencia feliz entre los hombres que pueblan la tierra, sin guerras ni enfrentamientos de otro orden. El anhelo de Paz se renueva al comienzo del año cuando escuchamos aún el eco del canto angélico que, en la noche de Navidad, al anunciar el nacimiento de Jesús, ofrecía paz en la tierra a los hombres amados de Dios. El anuncio del nacimiento del Salvador, hecho por los ángeles a los pastores, va unido, pues, al don de la Paz que Dios nos hace.

Considerado como palabra divina, u ocasión propicia, según nuestras propias convicciones religiosas, todos podemos sentirnos invitados por los ángeles a considerar en este tiempo navideño el bien humano superior que es la Paz, para afianzarla y promoverla.

De ahí que con motivo de la Jornada mundial de la Paz el Santo Padre envíe cada año a la Iglesia, a hombres de estado y a los pueblos de la tierra un mensaje en que nos anima a una reflexión sobre la paz y sus prerequisites, su valor fundamental como proyecto indispensable para la comunidad humana y los medios para alcanzar en nuestro mundo condiciones de Paz. Esto último nos convoca a trabajar por todos los modos posibles para lograr que la Paz llegue a ser una realidad para todos. Somos nosotros, humanos dotados de razón y creados libres por Dios, quienes debemos acoger la Paz que Dios nos ofrece como un don y una tarea.

La Iglesia que está en Cuba no ha dejado de orar muy especialmente en esta Navidad porque la Paz que anunciaron los ángeles y que Jesús nos trae, encuentre en nuestro pueblo quienes se entreguen a la tarea de construirla y extenderla. La paz se construye ante todo en el corazón del hombre, si el amor supera enemistades y es capaz de perdón y reconciliación. El preámbulo de la guerra es el odio, el umbral de la Paz es el amor. La Navidad y el Nuevo Año nos convocan a todos en Cuba, a hombres y mujeres, jóvenes y adultos, gobernantes y gobernados, a trabajar con ánimo nuevo porque alcancemos una conciencia y un aprecio crecientes de nuestra dignidad de personas humanas amadas por Dios. “La persona humana es el corazón de la Paz”, así lo ha expresado el Santo Padre Benedicto XVI en su mensaje por esta Jornada. Esforcémonos, pues, por transformar

nuestros corazones para tener en nuestro país, en el año 2007 que comienza, una convivencia pacífica y feliz.

Nos inspira en esta ocasión el mensaje de Su Santidad Benedicto XVI para la celebración de esta Jornada Mundial de la Paz que constituye una seria reflexión sobre “la persona humana, corazón de la Paz”. El Papa dirige este año su mensaje a los que están probados por el dolor y a los niños, especialmente a los que “tienen su futuro comprometido por la explotación y la maldad de los adultos”. El Santo Padre nos recuerda que la Paz se basa en el “deber de respetar la dignidad de cada ser humano, en el cual se refleja la imagen del Creador”.

Lamentablemente la dignidad del hombre mencionada en los grandes documentos y declaraciones del siglo XX sobre los Derechos humanos, aparece sin ninguna relación trascendental que refiera la condición humana a un origen o poder superior. En la revelación bíblica, siglos antes de Cristo, el poeta inspirado se preguntaba arrobado, así lo recoge el salmo 8, por qué Dios había conferido tal grandeza al hombre, y lo expresaba así:

Señor, dueño nuestro ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?

El ser humano para darle poder?

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,

lo coronaste de gloria y dignidad.

Le diste el mando sobre las obras de tus manos,

Todo lo sometiste bajo sus pies

rebaños de ovejas y toros

y hasta las bestias del campo,

las aves del cielo, los peces del mar

que trazan sendas por el mar.

Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Plantado entre cielo y tierra, en medio de la Creación, el salmista se pregunta por la grandeza del hombre, que se distingue tanto de los astros celestes que están arriba, mudos en su movimiento fijo, como de animales que vuelan, surcan los mares o andan sobre la tierra. El hombre no es uno de ellos: ni los astros lo dominan, no es un ser animado más en medio de los otros vivientes, el hombre tiene su propia dignidad que Dios le ha conferido, sólo los ángeles lo superan algo.

¡Qué conciencia tan clara y antigua de la grandeza del hombre y de su dignidad ésta, que encuentra en Dios su fuente incommovible! Sobre esta grandeza del hombre creado por Dios nos hace ahondar el relato evangélico con que la liturgia de la Iglesia abre el Nuevo Año. Nos narra el evangelista San Lucas que, convocados por los ángeles que anuncian el nacimiento del Salvador, unos pastores llegan al establo y encuentran a María y a José, y al Niño acostado en un pesebre. Cuentan emocionados todo cuanto les han dicho del Niño y regresan dando gloria a Dios por lo que habían visto y oído.

Nosotros, vueltos al silencio de aquel sitio cálido y humilde, contemplamos la escena, dominada ahora por el recogimiento y la oración de María, la Madre de Jesús, que “conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”.

¿Qué meditaba María? Imaginaba un autor moderno, en la Virgen, un pensar de este estilo: “Este Dios es mi niño, este niño es mi Dios”. Hubiera podido ser, pero la venida de aquellos pobres pastores escogidos para recibir el anuncio del nacimiento del niño, su alegría, su llegada y su partida feliz de aquel sitio miserable, alabando a Dios, deben haber suscitado algunos pensamientos más en el alma de María: este Niño que es mi Niño, no es sólo mío, es también de aquellos a quienes los ángeles lo anunciaron, es de los sencillos de corazón que esperaban a un Mesías Salvador y los primeros en saberlo habían sido los pobres, es Dios que levanta a los humildes, que devuelve la esperanza a los tristes y está entrando en la historia humana por este niño, que acrecienta en el hombre la conciencia de su dignidad. Quizás repitió en su oración la Virgen Madre el salmo octavo, Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?

En Jesucristo contemplado, amado, seguido como Maestro, adorado como Dios verdadero, descubre el hombre quién es el mismo hombre, reconoce abismado su dignidad. A esto invita a los cristianos en el día de Navidad, cada año, San León Magno, cuando nos dice: “Reconoce cristiano tu dignidad y, puesto que has sido hecho partícipe de la naturaleza divina, no pienses volver, con un comportamiento indigno, a las antiguas vilezas”.

La clara percepción del antiguo salmista sobre la dignidad y grandeza del hombre, creado por Dios, se ve desbordada infinitamente cuando contemplamos con María, con la Iglesia, a aquel Dios hecho niño, hecho hombre por amor a nosotros. “Jesús es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre”, ha dicho el Papa Benedicto XVI. ¡Qué maravilloso intercambio!: El Hijo de Dios al hacerse hombre toma todo lo humano que hay en nosotros, con nuestras miserias, y nos da todo lo divino que hay en Él. El hombre creyente se sabe así creado por Dios y engrandecido en su dignidad por Cristo Jesús. Siente que su estatura humana ha crecido, ha sido confirmado en su dignidad de persona.

Conociendo esta convicción de fe del mundo cristiano no resulta extraño que el cristianismo haya aportado al mundo entero el concepto de persona humana y haya exaltado la dignidad del hombre al afirmar que la vida del ser humano creado y redimido por Dios es sagrada, que las acciones de nuestra vida deben ser acordes a nuestra dignidad de creaturas de Dios, de hijos de Dios. La fe ha sustentado así la dignidad y la inviolabilidad de la persona humana y el hombre y la mujer, fundamentados en esa fe, han sabido cómo obrar bien, aunque no siempre lo hicieran.

La fe cristiana ha cuidado y favorecido la dignidad de la naturaleza humana. Pero es contrastante lo que sucede en la hora presente. Cito ahora al Papa Benedicto XVI en su mensaje para este día: “Hoy la Paz peligra no sólo por los conflictos entre concepciones restrictivas del hombre, o sea, entre las ideologías. Peligra también por la indiferencia ante lo que constituye la verdadera naturaleza del hombre. En efecto, son muchos en nuestros tiempos los que niegan la existencia de una naturaleza específica, haciendo así posible las más extravagantes interpretaciones de las dimensiones constitutivas esenciales del ser humano... una consideración “débil” de la persona, que dé pie a cualquier concepción (del hombre)... sólo en apariencia favorece la paz”

Y continúa el Papa: “Una paz estable y verdadera presupone el respeto a los derechos del hombre. Pero si éstos se basan en una concepción débil de la persona ¿cómo evitar que se debiliten también ellos mismos? Se pone así de manifiesto una concepción ‘relativista de la persona’ cuando se trata de justificar y defender sus derechos... los derechos se proponen como absolutos, pero el fundamento que se aduce para ello es sólo relativo. Sólo si están

arraigados en bases objetivas de la naturaleza que el Creador ha dado al hombre, los derechos que se le han atribuido pueden ser afirmados sin temor de ser desmentidos. Por lo demás, es patente que los derechos del hombre implican a su vez deberes. A este respecto bien decía el mahatma Gandhi: “El Ganges de los derechos desciende del Himalaya de los deberes”. Únicamente aclarando estos presupuestos de fondo, los derechos humanos, sometidos hoy a continuos ataques, pueden ser defendidos adecuadamente”, (hasta aquí el Papa).

Para sanear de contaminaciones, por las corrientes de pensamiento y los modos de actuar, la clara concepción de la naturaleza humana el Papa Benedicto XVI propone “una ecología humana que favorezca el crecimiento del ‘árbol de la paz’...” Por ecología humana el Papa quiere decir que hay que cuidar la naturaleza humana como se cuida la naturaleza vegetal, animal o el entorno climatológico; y con respecto a la salvaguarda de los derechos humanos afirma el Papa:

“Los Organismos internacionales se refieren continuamente a la tutela de los derechos humanos y, en particular, lo hace la Organización de las Naciones Unidas que, con la Declaración Universal de 1948, se ha propuesto como tarea fundamental la promoción de los derechos del hombre. Se considera dicha Declaración como una forma de *compromiso moral asumido por la humanidad entera*. Esto manifiesta una profunda verdad, sobre todo si se entienden los derechos descritos en la Declaración no simplemente como fundados en la decisión de la asamblea que los ha aprobado, sino en la naturaleza misma del hombre y en su dignidad inalienable de persona creada por Dios. Por tanto, es importante que los Organismos internacionales no pierdan de vista el fundamento natural de los derechos del hombre. Eso los pondría a salvo del riesgo, por desgracia siempre al acecho, de ir cayendo hacia una interpretación meramente positivista de los mismos. Si esto ocurriera, los Organismos internacionales perderían la autoridad necesaria para desempeñar el papel de defensores de los derechos fundamentales de la persona y de los pueblos, que es la justificación principal de su propia existencia y actuación”.

Queridos hermanos y hermanas: esa “ecología humana” que propone el Papa Benedicto XVI debe desintoxicar los ambientes, reencontrar las raíces profundas, purificar las fuentes de donde brota la savia vital que favorezca la concepción limpia y clara de la naturaleza humana. Fuente privilegiada ha sido el cristianismo para que el mundo formulara quién es el hombre y promulgara sus derechos. En su mensaje de Navidad del pasado 25 de diciembre nos invita de nuevo el Santo Padre a abrir nuestros corazones a Cristo, sin temor de perder algo, pues Cristo nos lo da todo y no nos quita nada de lo bueno que hay en nosotros.

La meditación que hace la Iglesia de todas estas cosas con María, Madre de Dios, contemplando en el pesebre al Niño de Belén, nos haga guardar en nuestros corazones, sopesándolas, las maravillas que Dios ha obrado en nosotros al crearnos y redimirnos por medio de su Hijo. Y afianzados en la verdad de nuestro ser trabajemos en la tarea de sanear la visión del hombre y su naturaleza como fundamento de la Paz que nos propone el Santo Padre Benedicto XVI al inicio de este año 2007. El mundo lo necesita para asomarse a una Nueva Navidad y encontrar su renacer.

Por ello se eleva hoy al Señor nuestra oración.

